

Soñar sabiendo que se sueña. La lección quijotesca del último capítulo.

Sebastián Gámez Millán

Si tuviera que elegir un capítulo de la segunda parte de *El Quijote*, de los muchos y muy divertidos que contiene, posiblemente me inclinaría ahora por el último capítulo, el capítulo LXXVIII “De cómo don Quijote cayó malo y del testamento que hizo y su muerte”. Seguramente no es el capítulo más lúdico, ni el más novelesco, ni el más aventurero, ni el más divertido... Entonces, ¿por qué de entre tantos y tan fabulosos capítulos de la segunda parte de *El Quijote* me inclino por este?

Porque como un recuerdo que de súbito ilumina la vida y la esclarece, en este capítulo encontramos unas palabras pronunciadas por su escudero Sancho Panza que son, a mi juicio, la razón de ser de Don Quijote de la Mancha. Escuchemos atentamente el diálogo que mantienen, porque a través de esta mirilla se puede oler, comprender y saborear toda la novela y aun el espíritu de lo quijotesco, que fue descubierto por Cervantes mientras escribía *El Quijote*, pero que está inscrito en la condición humana:

“-Perdóname, amigo (dice Alonso Quijano el Bueno), de la ocasión que te he dado de parecer loco, haciéndote caer en el error en que yo he caído de que hubo y hay caballeros andantes en el mundo.

-Ay, respondió Sancho llorando-. No se muera vuestra merced, señor mío, sino tome mi consejo y viva muchos años más, porque la mayor locura que puede hacer un hombre en esta vida es dejarse morir sin más ni más, sin que nadie le mate ni otras manos le acaben que las de la melancolía”¹.

Sancho el escudero, Sancho el amigo, ha comprendido plenamente la verdadera locura de Alonso Quijano, que, en contra de lo que se ha creído

¹ M. de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, edición de Francisco Rico, Barcelona, Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, 1998, p. 1209.

comúnmente, no consiste en haberse convertido en Don Quijote, sino en dejarse abatir por la melancolía, si es que en las horas previas a la muerte se puede elegir el estado de ánimo y la conciencia. Por el contrario, la aparente locura de Don Quijote es saludable, es vivificante, puesto que le permite encarnar antes de su muerte el sueño tardío de convertirse en caballero andante, sueño que ha engendrado en su largos ratos de ocio leyendo.

Según Fernando Savater, “Alonso Quijano se convierte en Don Quijote para escapar a la melancolía mortal, al *demon du midi* que le amenaza en su mediana edad, y lo consigue. Mientras se mantiene quijotesco, vive y hace vivir con intensidad a su alrededor, aunque fracasen sus empeños... porque lo que cuenta es el ánimo que le mueve y no los resultados, que siempre se vuelven antes o después contra nosotros”².

El espíritu de Don Quijote, lo quijotesco, en contra de lo que se ha interpretado tradicionalmente, no reside en “intervenir en asuntos que no le atañen, en defensa de la justicia”, como puede leerse en el diccionario María Moliner, ni tampoco con la locura, como veremos brevemente a continuación, sino más bien con saber ejercitarse, es decir, saber jugar, saber sacar partido de las incesantes adversidades de la vida, saber conciliar la implacable realidad con un espacio de fantasía e imaginación.

Que Don Quijote o, si se prefiere, Alonso Quijano el Bueno, no está loco, lo puede probar el hecho de que hay no pocos momentos a lo largo de las aventuras de la novela en los que recobra el juicio, y no sólo al final, poco antes de su muerte. De la verdadera locura no se retorna así como así: uno se va y no vuelve. En cambio, Alonso Quijano va y viene, es por

² F. Savater, “Don Quijote y la muerte”, en *Claves de la razón práctica*, nº 150, p. 60.

momentos Don Quijote de la Mancha y es por momentos Alonso Quijano, y no se convierte en otros seres, como el Amadís de Gaula, quizá por falta de tiempo, o yo no sé por qué. Pero desde luego él sabe quién es, por lo menos como nosotros sabemos quiénes somos nosotros...

Y si me apuran, daría otra vuelta de tuerca que viene al pelo: Lacan, posiblemente inspirándose en Víctor Hugo, que decía que “Napoleón era un loco que se creía Napoléon”, mantenía que “aquel que se cree él no es menos loco que el rey que se cree rey”. Esto es, creerse la identidad que le ha sobrevenido a uno por una serie de circunstancias socio-históricas y culturales dadas no es más lúcido que reconocer que esa máscara, o esas máscaras sin las cuales no somos nadie, son construcciones.

El juego de la ambigüedad de la identidad humana comienza pronto en *El Quijote*. Al principio del primer capítulo, Cervantes escribe: “Quieren decir que tenía el sobrenombre de Quijada, o Quesada, que en esto hay alguna diferencia en los autores que deste caso escriben, aunque por conjeturas verosímiles se deja entender que se llamaba Quijana”³. Sin embargo, luego lo conoceremos por “Quijano”. En otros términos, si Alonso Quijano es una identidad socio-cultural que preexiste a la de Don Quijote, ¿quiere decir por ello que la primera es real y la otra no, o bien que es más “real” Alonso Quijano que Don Quijote de la Mancha?

Pascal se preguntaba que “si un artesano estuviese seguro de soñar todas las noches durante doce horas seguidas sería exactamente tan dichoso como un rey que soñase todas las noches durante doce horas que era artesano”⁴. Si aceptamos este experimento de Pascal, podemos deducir que

³ M. de Cervantes, 1998, *op. cit.*, p. 112.

⁴ Citado por F. Nietzsche en *Verdad y mentira en sentido extramoral*, trad. Joan B. Llinares Chover, Valencia, Diálogo, 2003, p. 65.

el verdadero protagonista es Don Quijote, como pasa a llamarse la novela, porque el más imperecedero de los personajes de Cervantes pasa más tiempo siendo Don Quijote que siendo Alonso Quijano. Y por lo que se refiere a la voluntad, no hay duda de que Alonso Quijano quiso ser Don Quijote, pero Don Quijote no quiso ser Alonso Quijano.

Acaba siéndolo en el último capítulo, pero no por una elección personal, sino por la fatalidad de verse cara a cara ante la muerte. Al parecer, “era creencia generalizada que los locos recuperaban la cordura en el momento de la muerte”⁵. Sin embargo, a la luz de la nueva lógica que ha descubierto Cervantes, y por la que transitarán otros grandes novelistas, como Lawrence Sterne, Diderot, Flaubert o Dostoievski, entre otros, la locura de Don Quijote, si cabe denominarla propiamente locura, es una locura saludable, si se nos permite el oxímoron, puesto que le ha permitido ejercitarse, llenar de aventuras sus días y llegar a ser el que quiso ser. Y esto es lo que ha comprendido su escudero y amigo Sancho Panza en la hora del adiós:

“Mire, no sea perezoso, sino levántese de esa cama, y vámonos al campo vestidos de pastores, como tenemos concertado: quizá tras de alguna mata hallaremos a la señora Dulcinea desencantada”⁶.

Después de tantas aventuras y conversaciones⁷ compartidas con su amigo, parece que Sancho se ha quijotizado y ha enloquecido también. Pero nada es lo que parece en el territorio de la novela, y más aún en esta novela, donde Cervantes vuelve a jugar con la ironía y el humor sobre el

⁵ Nota a pie de página 14, en M. de Cervantes, 1998, *op. cit.*, p. 1208.

⁶ M. de Cervantes, 1998, *op. cit.*, p. 1209.

⁷ Harold Bloom ha observado que “escuchar los cambia. (...) Sancho y don Quijote desarrollan y mejoran sus personalidades escuchándose el uno al otro”, en H. Bloom, *Cómo leer y por qué*, trad. Marcelo Cohen, Barcelona, Anagrama, 2000, p. 153.

problema, acaso irresoluble, de la realidad y la apariencia, problema que atraviesa la historia de la literatura y de la filosofía. Nada, pues, más lejos de esta apariencia: Sancho no ha enloquecido, sino que ha comprendido el espíritu que anima a su amigo, la razón de ser de Don Quijote y, con ello, la razón de ser de la vida.

Si lo que nos distancia de la naturaleza, que se mueve entre la necesidad y el azar, si lo que nos distingue de otras especies de animales, e incluso de nuestros semejantes, es la libertad⁸, los márgenes de libertad que al parecer poseemos para elegir y autodeterminarnos, se diría que cuando Alonso Quijano ha ejercido esa libertad más plenamente ha sido cuando se ha convertido en Don Quijote y le ha dado rienda a sus sueños más íntimos y profundos. Así ha llegado a conquistarse a sí mismo, a pesar de la incompreensión de los que le rodean y de los varapalos que se ha llevado; así ha llegado a hacer el camino, hasta cierto punto, a su gusto y medida, y no ha tenido que esperar a la posada, que rara vez o nunca llega.

Confieso que la primera vez que leí este último capítulo de *Don Quijote de la Mancha* me sentí triste: pensé que el ingenioso hidalgo de la triste figura no se merecía este cruel final, morir habiendo dejado de ser lo que se fue, acabar siendo Alonso Quijano, y no Don Quijote de la Mancha. Me consoló y me reconfortó que otros lectores experimentaron casi lo mismo. Por ejemplo, Nietzsche, que consideraba que “ningún libro ha hecho reír tanto como el Don Quijote”⁹, sostenía acerca de Cervantes que

⁸ Acerca de la cuestión de la libertad y el determinismo, que tampoco está ni mucho menos resuelta, siempre recuerdo las palabras de un discípulo de Kant que poseía la sonrisa metafísica, G. Ch. Lichtenberg: “El hombre es una obra maestra de la creación ya sólo porque, a pesar del determinismo, cree actuar como un ser libre”, G. Ch. Lichtenberg, *Aforismos*, trad. Juan del Solar, Barcelona, Edhasa, 1990, p. 242. Sobre este interminable debate, uno de los textos más agudos y penetrantes que he leído en los últimos tiempos es el de Jesús Zamora Bonilla, “Como el ave que escapó de su prisión. O sobre el puesto de la libertad en la naturaleza”, reunido en Antonio Diéguez y José María Atencia (eds.) *Naturaleza animal y humana*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2014, pp. 267-286.

⁹ F. Nietzsche, *La genealogía de la moral*, trad. Andrés Sánchez Pascual, Madrid, Alianza, 1998, p. 212.

“ni siquiera le ahorra a su héroe aquel terrible cobrar conciencia de su estado al final de su vida: si no es crueldad, es frialdad, es dureza de corazón lo que le hizo escribir semejante escena final, es desprecio de los lectores, cuyas risas, como él sabía, no quedarían perturbadas por esta conclusión”¹⁰.

Pero si esto es cierto, lo es parcialmente, porque lo más curioso no es que en este último capítulo haya comprendido profunda y plenamente Sancho el espíritu que animaba a su amigo Alonso Quijano, sino que a través de él, parece, asimismo, que lo ha comprendido del mismo modo Cervantes, pues, ¿quién habla a través de Sancho?

Además, no hay que olvidar aquí factores que están fuera del texto. Parece que la segunda parte de *Don Quijote de la Mancha* es motivada por la culpa de Avellaneda, que al apropiarse de los personajes y, en cierto modo, del mundo de Cervantes, impulsa a Cervantes a blandir la pluma de nuevo y aventurar a Don Quijote y Sancho por otros sueños y caminos.

Puede que Cervantes no siempre trate a sus criaturas con la debida piedad, la piedad tal como la entendió María Zambrano, como “saber tratar con lo otro”. Claro que si Cervantes hubiera tratado en todo tiempo a sus criaturas con la debida piedad, como Velázquez trata a los enanos deformes de la corte real, con ese sumo respeto, entonces probablemente nos hubiéramos perdido el sentido del humor de *El Quijote*, y yo no sé qué pérdida sería más grave e irreparable, si la debida piedad o el sentido del humor... Seguramente esta última sea una pérdida más grave e irreparable.

¹⁰ F. Nietzsche, 1998, *op. cit.*, p. 213.

Mas, sea como sea, es tan entrañable como conmovedor escuchar las palabras de Sancho el escudero, Sancho el amigo, pues no se puede resumir mejor el espíritu que ha animado a Don Quijote a aventurarse una y otra vez hasta que la muerte le ha impedido continuar con la vida. Una vida que no conocía bien siendo Alonso Quijano, y que se le reveló siendo Don Quijote.

“Si es que se muere de pesar de verse vencido, écheme a mí la culpa, diciendo que por haber yo cinchado mal a Rocinante le derribaron; cuanto más que vuestra merced habrá visto en sus libros de caballerías ser cosa ordinaria derribarse unos caballeros a otros y el que es vencido hoy ser vencedor mañana”¹¹.

Kafka observó acertadamente que el culpable de la locura de Alonso Quijano era sobre todo Sancho, su escudero, que con sus fieles y desinteresadas acciones levantaba andamios que sostenían las fantasías del otro y le daba pie a seguir jugando con ello. Pero en esta penetrante lectura falta el humor, sin el que no se comprende *El Quijote*, así como tampoco la ambigüedad de la vida. Porque, como hemos dicho, la locura de Don Quijote es saludable, ya que sin ella no se hubiera atrevido a dar rienda suelta a sus sueños y caminar por la vida de acuerdo con lo que quiso ser, caballero andante.

Por todo ello si tuviera que condensar en una frase el espíritu de lo quijotesco emplearía una memorable frase del aforismo 54 de *La gaya ciencia* de Nietzsche que vendría como anillo al dedo para caracterizar la gracia y la sabiduría existencial de Alonso Quijano el Bueno: “soñar sabiendo que se sueña”. Habitualmente, cuando soñamos, soñamos, por lo menos hasta que sabemos que estamos soñando. Cuando sabemos que

¹¹ Cervantes, 1998, *op. cit.*, pp. 1209 y 1210.

estamos soñando dejamos de soñar. Sin embargo, la sabiduría existencial de Don Quijote, la que sorprendentemente Cervantes le roba en sus últimas horas, pero Sancho nos recuerda, es la de que hay que soñar y, a pesar de que se sabe que se sueña, no dejar de soñar.